

BLANCO, Mariela, *Invencción de la nación en Borges y Marechal. Nacionalismo, liberalismo y populismo*, Villa María, EDUVIM, 2020, 244 p.

JUAN TORBIDONI

Universidad Católica Argentina

Desde su fundación a mediados del siglo XIX, la literatura argentina registra una multitud de trayectorias que han tendido a plantearse en términos dialécticos. En esa serie de binomios, contruidos por la crítica de modo más o menos arbitrario, se entrelazan disputas estéticas, culturales y políticas que exceden el ámbito de lo puramente literario, para entrar de lleno en el campo de lo identitario, vertebrando especialmente los debates sobre la nación. En tal sentido, las vanguardias, en su reacción contra el modernismo, despliegan en su abanico de prácticas una escritura que fue caracterizada como juvenil y experimental. Su impulso encierra, al mismo tiempo, una dimensión “agonística”, articulando la pugna entre autores por erigirse en voz de la literatura nacional -no es accidental que la noción misma de vanguardia o *avant-garde* provenga de la jerga militar. Sin llegar a ser del todo rupturista, un movimiento como el *martinfierismo* busca siempre nuevos modos de expresión en su polémica con el modernismo de Lugones. A partir de la década de 1920, esa “vanguardia moderada” - que, como señala Martín Kohan, acaso tenga menos de revolucionaria que de espiritualista- encuentra dos voces fundamentales y complementarias: la de Jorge Luis Borges y la de Leopoldo Marechal.

El valioso libro de Mariela Blanco, *Invencción de la nación en Borges y Marechal. Nacionalismo, liberalismo y populismo*, publicado por EDUVIM (Córdoba) en 2020, constituye el primer estudio de largo aliento dedicado a la interacción entre esos dos referentes medulares del siglo XX. Al posicionarse en una interfaz hasta ahora poco explorada, el ensayo logra llenar un vacío crítico en torno a las interacciones entre Borges y Marechal. Lo primero para celebrar del proyecto es, por lo tanto, la reposición de este último autor, quien, a pesar de nunca haber abandonado su lugar central en el canon argentino del siglo XX, no había sido objeto de un estudio comparativo extenso con una figura como la de Borges, que desde hace más de medio siglo prácticamente ha monopolizando la atención de la crítica nacional e internacional. En el caso de Borges, el libro toma distancia del proceso de canonización de su corpus, para centrarse en cambio en su relación con la idea de nación, concepto que, en sus primeros escritos, está fuertemente anclada en Buenos Aires, imaginario urbano construido como sinécdoque del ser argentino (como se corrobora en “A quien leyere”, dedicatoria de *Fervor de Buenos Aires*). Acertadamente, se presenta a Borges y a Marechal como continuadores de discusiones sobre la nación, heredadas del siglo XIX y articuladas, en pleno siglo XX, con elementos del imaginario cultural y popular en torno a la idea de una Argentina simultáneamente en proceso de fundación y transformación.

El libro se divide en dos partes, siguiendo una línea cronológica que se proyecta desde mediados de la década de 1920: en el caso de Borges se extiende hasta los años 40 (con la publicación de *Ficciones*) y en el de Marechal alcanza a cubrir la mayor parte de su obra (incluyendo su novela póstuma, *Megafón, o la guerra*). En la primera parte del trayecto argumentativo, y explicitando una de las fórmulas más logradas del libro, Blanco propone la relación entre los dos escritores como una “vanguardia a dos voces” y señala cierta confluencia entre ambos en el orden poético, tomando como hilo conductor el proyecto de inventar la nación. Tal confluencia es el factor que permite agrupar los rastros de una “armonía vanguardista”. En la segunda parte, se indaga en las divergencias estético-ideológicas que anidan en sus respectivas concepciones de lenguaje, de cultura y especialmente de pueblo. Los caminos se separan de manera pronunciada en los años 40, cuando Borges decide arrancar de cuajo su proyecto criollista, mientras que Marechal opta por extender -y potenciar- ese camino en su primera novela, *Adán Buenosayres*. Tal bifurcación se tornará, con el tiempo, “estrepitosa e irreversible” (17). A nivel ideológico, ese antagonismo se podría resumir en el enfrentamiento de dos tendencias opuestas: un liberalismo individualista y un antiliberalismo de sensibilidad popular (término, este último, acaso menos cargado que el de “populista”, tomado expresamente de Laclau).

El lenguaje de los argentinos surge como problema insoslayable en esa Buenos Aires que, a principios del siglo XX, aun se extiende como manto irreal sobre la pampa, esa ciudad que pide a gritos que se la verbalice para afianzar su “ser fantasmal”. En aquella Buenos Aires, “[C]iudad sin historia, factoría, urbe transitiva” -como la llama Carlos Fuentes en el hermoso texto que sirve de epígrafe al libro- tanto Borges como Marechal buscan inventar una poesía en la cual proyectar una mitología para la nación. La ciudad, es preciso subrayarlo, funciona como espacio simbólico, terreno de debates estéticos, literarios e intelectuales, y el libro de Blanco ahonda precisamente en las prácticas discursivas a partir de las cuales Borges y Marechal inventaron -podríamos explicitar: pensaron, imaginaron, sintieron- esa nación.

Las preguntas que orientan la búsqueda heurística del libro giran en torno al criollismo: ¿por qué Borges lo abandona abruptamente en los años 30? ¿por qué Marechal lo retoma en *Adán Buenosayres* hacia fines de los 40? Para la autora, la respuesta debe buscarse en “las apropiaciones y confrontaciones con las modulaciones del nacionalismo” (15). Desde el comienzo, entonces, el libro desliza una de sus tesis centrales, a saber, que la disyunción entre los proyectos de uno y otro autor es anterior al peronismo, pudiéndose rastrear ya en la década de 1930. Esa divergencia se acentuará en las décadas siguientes, verificándose no sólo en la narrativa, sino también en el terreno del ensayo, como lo muestran las lecturas divergentes que cada uno hizo del *Martín Fierro*, convertido en sustrato paradigmático de una cultura nacional.

Blanco identifica el espacio liminal entre la vigilia y el ensueño como una zona donde, tanto para Marechal como para Borges, la realidad se mezcla con el deseo,

Reseñas

otorgándole una consistencia similar a lo real y a lo imaginario (228). En este punto, nos viene a la mente la figura de Macedonio Fernández, quien -aun siendo periférico a la discusión central del libro- podría funcionar como punto de referencia de los desplazamientos que van desde Borges hacia el eje constituido por Scalabrini Ortiz, Francisco Luis Bernárdez y el propio Marechal, a cuya insistencia atribuye Macedonio la publicación de su *No toda es Vigilia, la de los Ojos Abiertos* en 1928.

Como bien señala Blanco, en esa atmósfera liminal de ensueño se construyen muchas escenas de Borges y Marechal, como ejemplifica acertadamente con el paralelo entre “La noche que en el sur lo velaron” (*Cuaderno San Martín*) y el velorio de Juan Robles, el pisador de barro (*Adán Buenosayres*). A través del libro, la interacción entre Borges y Marechal se desarrolla como en una payada de contrapunto, pero una que se trenza de modo oblicuo, sin que ninguno de los dos participantes llegue a confrontar a su oponente de manera directa, con excepción de la sátira que Marechal realiza de su oponente en *Adán Buenosayres*. Si hay polarizaciones, éstas se dibujan no en clave de antagonismo, sino de complementariedad entre sensibilidades diferentes. Precisamente, *Invencción de la nación en Borges y Marechal* logra resaltar esos puntos de contacto, franjas temáticas que conectan a los dos escritores.

Uno de los espacios de confluencia es el terreno de la metáfora como forma predominante en la poesía vanguardista, modo de representación que, en las siguientes décadas, cederá paso gradualmente a la alegoría. Precisamente, la “tendencia alegorizante”, tema del último capítulo, funciona como vector teórico que podríamos describir como bidireccional, ya que en un sentido une a Borges y a Marechal, pero en otro los distancia. Lo que los acerca es el predominio de la escritura narrativa a partir de la década del 30, donde ambos mantienen una marcada independencia respecto de la realidad que quieren representar. La alegoría interviene acá como recurso decisivo de la figuración y la narración indirecta, pero cumpliendo funciones diferentes en uno y otro autor. En Borges, que subraya la dimensión individual, Blanco analiza el rol que éste le otorga a la alegoría, ofreciendo lecturas perceptivas, primero de “Funes, el memorioso”, colocando el foco sobre la primera persona narrativa, afirmación de un yo individual que produce un borramiento identitario aplanado a través del dispositivo “memoria”, y luego en “La forma de la espada”, donde se desbarata racionalmente el patriotismo como “la menos perspicaz de las pasiones”. Una interpretación cuidadosa y lúcida de los textos le permite mostrar a la autora que “nación” es “la palabra no dicha pero omnipresente”, en torno a la cual proliferan las múltiples ficciones de la conjetura en Borges.

Marechal, por su parte, diseña un relato moldeado en la teoría de las edades de Hesíodo, para delinear el concepto de una sociedad ideal, que quedó atrás en el tiempo en una Edad de Oro, pero que, por eso mismo, se ofrece como aspiración de regreso, en la invitación a remontar el curso del río de la historia. Y en este sentido, es importante

señalar que en ambos autores se detecta una resistencia a los procesos de modernización, ya que en última instancia sus literaturas registran la disolución de un mundo pre-moderno. Para Marechal, sin embargo, ese retorno a una época dorada permite diseñar un mundo donde el valor de la comunidad orgánica desplaza al individualismo materialista y la decadencia cultural. Para Blanco, la noción de pueblo se instala en el centro de la producción marechaliana, funcionando como mirada que surge de la confrontación dialéctica “entre una proyección ideal y la nación real” (203). En ese contrapunto, el pueblo se vuelve protagonista tanto en sus tres novelas, como en buena parte del teatro y en el ensayo “Autopsia de Crespo”. Como señala Blanco, detrás de cada una de esas obras se deja oír la voz unitiva del autor. Así, el libro recupera pasajes exquisitos de *Adán Buenosayres*, donde es patente la tendencia hacia la idealidad, como aquel fragmento donde el héroe se define como “un argentino en esperanza”, asumiendo la misión de “reanudar” el hilo de la tradición que sus ancestros dejaron atrás al llegar a la Argentina. Lo mismo sucede -sólo que en clave negativa- en el infierno de Cacodelphia, donde la sátira es el bisturí con el que el novelista disecciona la mezquindad de una burguesía decadente. La tensión idealidad-realidad se prolonga en el hermetismo simbólico de *El banquete de Severo Arcángelo* y en *Megafón, o la guerra*, donde Marechal despliega una capacidad formidable para leer en clave alegórica un presente político preñado de sucesos oscuros y violentos.

Uno de los logros del libro de Blanco es mostrar en qué sentido la relación entre Borges y Marechal se muestra refractaria de categorizaciones simples y oposiciones tajantes (binarias). Muestra superficies de contacto y entrecruzamientos, préstamos y contaminaciones, pero rehúye el tipo de simplificaciones que borran toda ambigüedad. Es decir, en modo alguno busca componer síntesis, sino que mantiene las fricciones y fisuras que configuran la relación entre dos obras en tensión. Incluso a nivel estilístico, el libro mantiene un tono cuidadosamente académico, que incorpora los múltiples acercamientos críticos -clásicos y recientes- e hilvana argumentos consistentes, citando siempre fuentes confiables (permítaseme sólo poner reparos a la anécdota referida por José Clemente: la supuesta declaración de un Borges compungido en el velorio de Marechal). En este sentido, uno de los aciertos metodológicos de la autora es el favorecer como material de trabajo los escritos de los autores por sobre sus declaraciones políticas, decisión que le permite hilvanar lecturas inteligentes y matizadas de los textos, en las que se transluce un balance fino entre erudición y análisis interpretativo. En síntesis, es para destacar la manera equilibrada en que Blanco presenta sus argumentos, y su capacidad para captar las luces y sombras de cada autor, sus austeridades y sus desmesuras. Precisamente porque problematiza conceptos anquilosados y rehúye categorizaciones fáciles, su trabajo arroja luz interpretativa y abre nuevos caminos para la crítica, invitando a repensar un binomio clave en la historia de la literatura argentina.